

RESEÑAS

SANTIAGO SENÉN GONZÁLEZ y FABIÁN BOSEER, *El sindicalismo en tiempos de Menem. Los ministros del Trabajo en la primera presidencia de Menem (1989-1995)*, Buenos Aires, Editorial Corregidora, 1999, 204 pp.

El análisis de los procesos de reestructuración económica que tuvieron lugar en países como Argentina, Chile y México a finales de los ochenta y principios de los noventa no incluye, usualmente, la discusión de sus consecuencias sobre el ámbito sindical. Además, brillan por su ausencia los análisis de las repercusiones que la marginación sindical tuvo o puede tener en la instrumentación de los programas de privatización de las empresas estatales y de flexibilización de los mercados de trabajo, así como en las prácticas de contratación de personal y la apertura indiscriminada al mercado internacional. El libro que firman Santiago Senén González y Fabián Boseer proporciona una visión de lo que ocurrió durante la primera presidencia de Carlos Saúl Menem (1989-1995) en este ámbito, por lo que es de gran utilidad.¹

Con el telón de fondo del ajuste económico y de la reestructuración productiva que tuvo lugar en Argentina en esos años, este libro busca reconstruir la acción sindical a partir de una narración minuciosa de la interacción de los ministros del Trabajo del gobierno menemista y el movimiento obrero en ese periodo. Esta reconstrucción de la interacción sindicatos-gobierno es objeto de una presentación por parte de Juan Carlos Torre y de un epílogo a cargo del profesor Hiroshi Matsushita. Dicha narración se complementa con la transcripción textual de entrevistas con los cuatro ministros del Trabajo de dicho gobierno.

Cabe señalar que la disciplina con la que los autores del libro encaran su objeto de estudio les permite evitar las digresiones usuales en materia

¹ Recientemente apareció el libro de María Victoria Murillo, *Labor Unions, Partisan Coalitions and Market Reforms in Latin America* (Nueva York, Cambridge University Press, 2001), que también contribuye a llenar este vacío. Hace algunos años el autor de esta reseña contribuyó a este debate: véase Francisco Zapata, *El sindicalismo mexicano frente a la reestructuración*, México, El Colegio de México, 1995.

de contexto que distraerían la atención; por lo cual, las referencias a ese contexto, esencialmente el desarrollo del fenómeno peronista (1943-1955), son dadas por conocidas. Esto permite concentrar el análisis en el periodo 1989-1995, en donde aspectos económicos y políticos figuran sólo como elementos analíticos cuando afectan la relación sindicato-gobierno menemista.

La hipótesis central que desarrollan los autores, y que es claramente asumida por Matsushita en su ensayo final, es que el sindicalismo argentino fue menos combativo con Menem que con su antecesor Raúl Alfonsín, pero que, en cambio, logró defender el marco global de la regulación de las relaciones de trabajo y conservar algunos de sus elementos más sobresalientes.

Es decir, la tesis que se postula es que a pesar de que tuvo que aceptar cambios muy profundos en a) las políticas salariales, b) la estabilidad en el empleo, c) la propiedad de las empresas, d) el derecho de huelga en los servicios públicos, e) el sistema de seguridad social y el régimen de contrato de trabajo, el sindicalismo argentino pudo conservar espacios de negociación en diversos sectores económicos y el acceso al sistema político.

Esos espacios de negociación y de poder se expresaron en su participación activa, junto a los representantes gubernamentales y empresariales, en momentos como el de la firma del Acuerdo Marco para el Empleo, la Productividad y la Equidad Social, el 25 de julio de 1994, que permitió institucionalizar la negociación de las transformaciones que enfrentaban los mercados de trabajo, el sistema previsional y las calificaciones profesionales.

Tanto la narración de los autores como las entrevistas con los ministros del Trabajo del periodo apoyan la idea de que, a pesar de su debilitamiento durante Menem, el sindicalismo peronista mantuvo una cierta capacidad de interlocución con el Estado.

Asimismo, puede pensarse, a partir de esa evidencia, que los intentos divisionistas de Menem, muy exitosos al principio de su gobierno (1989-1992), se frustraron en el segundo tramo (1993-1995), en donde la Confederación General del Trabajo (CGT) volvió a unificarse después de la división, inducida por Menem, de 1990. También es posible visualizar bien un asunto que no es sólo argentino, el de los cambios de la relación sindicalismo-política en periodos de ajuste y reestructuración. En el caso del gobierno menemista, puede observarse que el sindicalismo, a pesar de sus estrechos vínculos con el partido justicialista, logró mantener una identidad que le permitió movilizar a los trabajadores e intervenir en las negociaciones cruciales sobre contratación colectiva, reformas previsionales, trabajo parcial y trabajo temporal y negociaciones salariales sobre la base

de la productividad. Esta conclusión se sustenta en el hecho de que el gobierno de Menem tuvo que ceder a favor de los planteamientos sindicales en coyunturas como la de la promulgación de la reforma constitucional para permitir la reelección del presidente, y la de las elecciones presidenciales de 1995, que resultaron de procesos de movilización exitosos durante el periodo 1993-1994.

Sin embargo, además de estos aspectos de la relación entre el sindicalismo y el gobierno de Menem, que son de relevancia general, existe otra cuestión central en este libro y que es la caracterización de la forma en que el sindicalismo argentino enfrentó el ajuste y la reestructuración de la economía en el marco de los procesos de la apertura comercial, la privatización de las empresas paraestatales y la desregulación laboral.

En este sentido vale la pena citar a Armando Cano Figueroa, ministro del Trabajo de Menem entre diciembre de 1993 y julio de 1995:

Quando se hace el gran proceso de ajuste en el año de 1993 y 1994, cuando se reajustan todas estas empresas del Estado, el resultado en términos de empleo es positivo. Pese a que se perdieron cientos de miles de empleos en las empresas privatizadas, el número de ocupados netos en el periodo creció hasta 900 mil trabajadores nuevos que encontraron empleo. Esto fue el resultado en aquel periodo porque [...] el ajuste se hacía en un contexto de alto crecimiento económico. Esto permitió que la economía creciera y absorbiera empleo. A partir de 1994, la tendencia comienza a cambiar porque las ganancias de productividad ya se hacen reduciendo empleos y la economía no tiene esa capacidad para crear empleos. A partir de ahí hay una caída que ya no tiene que ver con aquella reestructuración de las empresas privatizadas sino [...] con la reestructuración de las empresas privadas que tienen ganancias de productividad. Y hoy los salarios son más estables y tienen características que antes no tenían [...] Yo creo que hay sectores donde las ganancias de productividad no se han repartido equitativamente y hay otros sectores donde efectivamente su situación, como es el sector textil, les ha hecho bajar los salarios.

Esta larga cita es muy útil para ver cómo la reestructuración de la economía argentina a la vez que suprime empleos los crea, esencialmente debido al crecimiento del PIB. Por otra parte, nos muestra cómo ese escenario se transforma una vez que el crecimiento disminuye su ritmo y cuando las empresas crecen sin creación de empleos, a través de la modernización tecnológica y del mejoramiento de los procedimientos de gestión. Finalmente, nos indica que las ganancias de productividad que obtienen las empresas son acaparadas por los empresarios, sin que ellas contribuyan al mejoramiento de los ingresos de los trabajadores. Esta secuencia, ejemplificada para el caso argentino, es la que tuvo lugar en otros escenarios nacionales como Brasil, Chile o México durante la década de los noventa y puede ser, por tanto, considerada como general en la región. El creci-

miento económico, inducido por la reestructuración, tiene límites precisos en cuanto a su capacidad de generación de empleos y en cuanto a su impacto sobre los ingresos de los trabajadores.

Es a partir de los resultados de esa reestructuración como se modifican las bases sociales del poder del sindicalismo argentino. Su capacidad de control de los mercados de trabajo disminuía mientras el PIB crecía durante toda la década de los noventa. Paradójicamente, el sindicalismo perdía poder mientras los salarios mínimos reales urbanos crecían a una tasa promedio anual de 8.2% entre 1990 y 1998. Este escenario se complicaba aún más si consideramos que se daba junto con un incremento de la tasa promedio de desempleo abierto urbano de 12%, la que se incrementó a 15.4% en el quinquenio 1995-1999. Esta evolución debilitaba el ascendiente del liderazgo sindical sobre los trabajadores, cada vez menos capaz de presionar al Estado y a los empresarios y así favorecer la creación de empleos. Un indicador del debilitamiento de dicho ascendiente es la disminución del número de diputados de extracción sindical en el Congreso de la Nación que pasó de 26 (10.2% del total) en la legislatura 1987-1989 a 10 (3.9% del total) en la legislatura 1993-1995.

Si bien ello indica una pérdida, puede matizarse, como lo hizo Rodolfo Díaz, ministro del Trabajo de Menem entre enero de 1991 y diciembre de 1992, en los términos siguientes:

No creo que las organizaciones sindicales hayan perdido representatividad donde importa, que es en la fábrica. Lo que importa es cómo funciona la estructura de representación en la fábrica y en las unidades laborales y creo que allí no han perdido las funciones que han venido desarrollando y las cumplen con razonable eficacia. Claro que en un contexto dominado por dos variables muy importantes. Por una parte, la identificación política del movimiento obrero con el peronismo que le ha dado un tono de menor conflictividad, porque los trabajadores argentinos son peronistas. Hay una identificación política que acompaña hace 50 años a la clase obrera argentina y ésta es peronista y se siente identificada con este gobierno y lo han validado 7 veces en 7 elecciones seguidas.

Hemos querido encontrar explicaciones de un cambio en la base electoral del peronismo y no es así. El núcleo, la base principal del electorado del justicialismo desde el 14 de mayo de 1989 al 14 de mayo de 1995 tiene variaciones menores. En la Capital Federal es quizás donde mayores variaciones tiene. Pero si uno lo analiza seriamente, se da cuenta que hay una circulación mayor entre la UCR y otras opciones que en el comportamiento electoral del justicialismo en la Capital Federal.

Por lo anterior, es necesario calificar los términos en que se desarrolla el argumento de la crisis del sindicalismo para el caso argentino, buscando equilibrar el deterioro en el control del mercado de trabajo y en la repre-

sentación electoral de los trabajadores con el acceso debilitado pero real a las instancias del poder político. No obstante, lo anterior se dio junto con un proceso de fragmentación sindical, inducido desde el Poder Ejecutivo, que impuso fuertes límites a la posibilidad del movimiento obrero para hacer frente a los despidos que la instauración del nuevo modelo de desarrollo estaba generando.

Además de la ofensiva del gobierno que impactó la estructura superior del sindicalismo, se produjeron los efectos que la privatización de muchas empresas estatales (petróleo, comunicaciones, electricidad) tuvo en el ámbito de la regulación de las relaciones laborales en las empresas.

En conclusión, el libro reconstruye un escenario de resistencia cada vez más débil a las iniciativas de un poder presidencial comprometido con las reformas de primera generación promovidas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. No obstante, esta imagen del debilitamiento organizacional del sindicalismo argentino se complementa con la fuerza de la conciencia peronista de los trabajadores argentinos. Esta combinación de debilidad organizacional y de fuerza en la conciencia obrera es el rasgo central del escenario laboral argentino. A través de ella se puede entender la amplitud de las movilizaciones emprendidas por las confederaciones; la solidaridad que han establecido con los sectores desempleados, cada día más numerosos; la denuncia de las condiciones impuestas desde el exterior a la soberanía económica del país. En Argentina, podrán ser débiles las organizaciones, pero no por ello se ha debilitado la conciencia que consiguió crear Perón cuando asumió el liderazgo del movimiento que lleva su nombre, en la segunda mitad de los años cuarenta.

Este libro, circunscrito a las circunstancias del primer gobierno menemista, consigue demostrar claramente las razones por las cuales la crisis argentina actual es un juego de suma cero. En efecto, sin la participación de los trabajadores organizados en los programas de reestructuración será muy difícil, si no imposible, llevarlos a cabo.

FRANCISCO ZAPATA

AGUSTÍN BASAVE BENÍTEZ, *Andrés Molina Enríquez: con la Revolución a cuestas*, estudio introductorio y selección de Agustín Basave Benítez, México, FCE, 2001, 494 pp.

La ocasión de coleccionar y editar de nuevo textos escritos hace cien años siempre resulta discutible, a menos que se incurra en la beatería patriótica de suponer que todo lo *nuestro* es digno de conservarse y que todo *nuestro*